

Víctimas del prejuicio: las mujeres en *Boquitas pintadas* de Manuel Puig

Diego Krasñansky

Las mujeres de *Boquitas pintadas* están dominadas por la mirada del otro. La fama, la pérdida del honor, la vergüenza, condicionan cada una de sus acciones. De esta manera quedan objetivadas, reducidas a rótulos inmutables con los que deben lidiar. Allí sólo cabe ser una mujer casada, solterona, o «de hacer programas».

Las fórmulas constituidas terminan por limitar la mentalidad femenina a simples consignas. Ejercer la individualidad resulta algo imposible. Todo se transforma en frases hechas y en discursos adquiridos, que conducen inexorablemente a la insatisfacción.

El disimulo constituye el arma principal, porque de él depende la supervivencia. Las características traicioneras también se desarrollan como un medio para obtener venganza: congraciarse, adular, obtener favores, y todas

la formas de la hipocresía, que destruyen la ética en las relaciones humanas.

Como poseedora de la capacidad reproductiva, la mujer pone su capital al servicio de la familia, donde el dispositivo de sexualidad, el ordenamiento del deseo está en función de la alianza.

Ser mujer es postergarse y seguir el camino de lo convencional. Ceder al instinto significa enfrentarse con las habladurías del pueblo. La infamia, la injuria basada en el prejuicio, se encargan de sembrar el desastre. En seguida, la idea de pecado y castigo fijan un estigma imborrable.

Nené elige una de las opciones: el ascenso social por medio del casamiento. Sin embargo, debe renunciar a la pasión. Vive, entonces, una sensualidad anestesiada, una existencia ajena al erotismo.

Su marido es el cargoso de Massa: «Cuando recién nos casamos no era tan feo, pero con los años y más gordo no se lo reconoce [...] Lo único que me consuela es que un día todo se va a terminar porque me voy a morir».

Ahora vive en Buenos Aires, en un tercer piso departamento B. El frente del edificio es lujoso y tiene un ascensor con espejo. Los sillones del departamento son cómodos, pero lo inconveniente es la pregunta de Mabel: «¿Sos feliz?».

Nené no sabe qué responder. Apenas es capaz de balbucear frases: «No puedo quejarme», «sí, tengo estos dos hijitos», o «siempre hay un pero». Finalmente prefiere encogerse de hombros y sonreír enigmáticamente.

Toda aquella represión —y la angustiante espera de la muerte como único final para esa vida que responde a un manual de instrucciones— se cristaliza en un tumor en la columna vertebral.

El cáncer representa la corporización de la contención. El fracaso no sólo se apropia de una existencia maquinal y vacía, sino que además devora al cuerpo y lo conduce a la





aniquilación.

El miedo al aislamiento hace que las mujeres como Nené se decidan por una vida socialmente pautada, aunque esto signifique rechazar los propios deseos. Sin embargo, esta conformidad automática oculta el pago de un precio muy alto: la pérdida de la personalidad.

El individuo deja de ser él mismo. Adopta por completo el rol que le proporcionan las pautas culturales. Así se transforma en un ser exactamente igual a todo el mundo, y tal como los demás esperan que sea.

La discrepancia entre el yo y el mundo desaparece, y con ella el miedo consciente a la soledad y la impotencia. La persona queda reducida a ser parte de un orden impuesto, con su espontaneidad y anhelos absolutamente anulados.

La Raba, por ser una mujer más primitiva, menos moldeada por lo que se «debe parecer» carece de secretos. No oculta nada: da a luz, pero también mata si su instinto lo pide. Es la única mujer que se autoabastece. No necesita representar el papel de amante o de esposa, porque cuenta con sus manos para lograr subsistir. Sin embargo, su condición social, «su ignorancia», como dice la señora Aschero, la hace «más vulnerable» frente a los estudiantes,

a los empleados de banco, los viajeros y propietarios de comercio, que pretenden «seducir a las sirvientas». Para la Raba sólo es recomendable «cualquier muchacho bueno y trabajador», palabras que la patrona utiliza para designar a los obreros de toda índole. De esta forma, el pueblo de Vallejos se presenta como un sujeto policíaco, que acecha y controla a los individuos. Principalmente se ocupa de vigilar el uso de los cuerpos. Es un Ellos que produce murmullos, voces apenas perceptibles, pero con un poder devastador.

Las conductas permitidas y prohibidas se determinan en base al género sexual. Un hecho es despreciado moralmente si se coloca a la mujer como protagonista, pero es aceptado en el caso de un hombre. El principio fundamental es el de desigualdad ante la ley.

Para la mujer la existencia del otro se transforma en un infierno. La presencia de ese tipo de conciencias anula por completo su libertad. Vive una desnudez constante frente al otro, una degradación que se debe asumir frente a la mirada del prójimo.

En ese estado de cosas, la única posibilidad es la alienación. El Ser depende de la definición de los demás: la Palabra ejerce su tiranía.